

## **BOLIVAR, SU TIEMPO, SUS IDEAS**

*Por* ENRIQUE DE GANDÍA

Es difícil definir el mundo de Simón Bolívar: el que él vivió, el que lo circundó en América y el que se desarrolló en otras parte de la Tierra. No vamos a hablar del mundo africano, sumido en su olvido; ni del mundo oriental, incluido el Pacífico, poco menos que desconocido. Quedan el mundo americano y el europeo. En estos continentes, el medio siglo escaso que va del 1783 al 1830 es un tiempo tan complejo que el historiador se siente estremecer. Podríamos decir que, en Europa, fue el siglo de Napoleón y de sus primeras consecuencias. En la América hispana ocurrió lo mismo con los nombres de Bolívar y de San Martín. Estados Unidos parece tener una historia aparte. No está aislado de Europa ni de la América que habla español y portugués. Es indiferente. Sus relaciones, en especial con nuestra América, no son intensas. Contempla, sin mayor interés los hechos consumados y los acepta. Reconoce la independencia de las nuevas naciones simplemente porque se han constituido y nadie puede negar su existencia. Lo que cuenta en los destinos del mundo, en aquellos años, es la realidad de los nuevos Estados hispanoamericanos. Son naciones inmensas. Cualquiera de ellas puede encerrar varios reinos europeos. Sus habitantes son pocos, pero es fácil advertir que aumentan y crecerán cada vez más. Hay un fenómeno nuevo, que pronto se hará más intenso: la emigración al Nuevo Mundo de pueblos europeos. América atrae como tierra de libertad. Emigran las familias de Irlanda, de Gales y otras regiones de Inglaterra, perseguidas por sus creencias religiosas o por el hambre. Emigran, poco más poco menos, todos los pueblos de Europa. El camino de América es el camino, no sólo de la libertad, sino de la riqueza. Los pueblos americanos, formados por indígenas, algunos negros y descendientes de españoles, entre los cuales hay mestizos y mulatos, reciben aportes inmensos de razas blancas de Europa, que hablan muchos idiomas y sueñan no volver a sus patrias. Es un fenómeno indiscutiblemente social, que trae a América el amor al trabajo, sangres fecundas e ideas también creadoras, tanto en el campo de la política como de la cultura.

España es la primera protagonista. No reconoce la independencia de los pueblos que se le han separado, pero sus emigrantes se dirigen a ellos con sus trabajos y pensamientos. Son hombres de ideas liberales que huyen de las guerras civiles que enrojecen la península. La persecución de los apostólicos a los liberales es cruel e inexorable. Un liberal que no oculta sus ideas no puede vivir en España. En Italia ocurre algo semejante. Los patriotas que luchan por la unidad de la península son ahorcados. Tienen que emigrar. Y, por iguales razones de política

o de miseria, son infinitos los hombres que pasan al Nuevo Mundo. Esta inmigración comienza con los primeros años de la independencia y se intensifica en los siguientes. Los nuevos inmigrantes se asimilan a los nativos. Formen un solo pueblo. No hay diferencias en sus maneras de vivir. Muy pronto los extranjeros se hacen americanos. Sus hijos olvidan las patrias de sus padres. América absorbe, une, mezcla e identifica. Los hombres sólo se dividen por sus partidos políticos, la lucha diaria en favor o en contra de un gobernante.

Esta fusión de pueblos coincide con la intensificación del intercambio comercial. América provee materias primas y compra. En la Argentina se importaba hasta la harina. Lo que abundaba era la carne y todo que derivase de ella. En otros países había otros productos. Los gobiernos no querían o no podían aumentar los impuestos. Sus faltas de fondos les hacían contraer empréstitos. Ningún país americano ha prestado dinero a un país europeo. Furon los europeos, más pobres que los americanos, los que prestaron a los gobiernos del Nuevo Mundo. Una cuestión de ahorro. El europeo sabe ahorrar; el americano acumulaba riquezas de animales o tierras. Si tenía dinero lo gastaba en viajes a Europa o en objetos de lujo. Cuando al gobierno le faltaba dinero no aumentaba los impuestos. Eran gobiernos de hombres ricos que hubieran debido pagarlos. Entonces los pedían prestados. Así se endeudaron los países hispanoamericanos. Hoy en día, los gobiernos aumentan los impuestos y las deudas. No sabemos cuando las pagarán.

El medio siglo que corre entre el nacimiento y la muerte de Bolívar es un tiempo que une el fin del siglo XVIII a los comienzos del siglo XIX. Es el paso del iluminismo al romanticismo. Estos dos estados de ánimo, que forman dos estilos de vida y dos corrientes historiográficas, nacen de fuerzas políticas, de ideas religiosas y de muy distinta información erudita. No se puede comprender el iluminismo si no se comprende su sucesor, el romanticismo, y no se entiende el romanticismo sin tener un concepto claro de lo que fue el iluminismo.

El iluminismo nace, indudablemente, de la libertad de examen y de la crítica histórica que difunde en Europa el protestantismo. La investigación erudita es en muchos autores no católicos un arma para combatir el catolicismo. Los críticos de las escrituras sagradas y los historiadores de los Papas y de la política romana llegan a una culminación en el siglo XVIII. En este siglo aparecen las grandes síntesis y surge un grupo extraordinario de hombres talentosos que se conocen como los enciclopedistas. Casi todos viven a un mismo tiempo. Algunos son amigos. Otros, de amigos se convierten en feroces enemigos. Algunos nombres se oscurecen para siempre. Brillaron en su tiempo y la posteridad los olvidó. Otros sobreviven a los siglos y es difícil que se esfumen. Tales los casos de un Montesquieu, de un Rousseau y de un Voltaire. Sus páginas, llenas de luz y de sabiduría, convencen y asombran. No es extraño que los próceres americanos los hayan leído y admirado. Aún hoy, cuando se vuelve a su lectura, se siente un soplo de estupor ante su erudición sorprendente, rica, a veces inalcanzable. Eran hombres que consagraban sus vidas a las bibliotecas, no a los archivos, a lecturas infinitas, que dominaban los autores clásicos, los padres y los doctores de la Iglesia. Eran teólogos y filósofos, eruditos y poetas, hombres de plumas elegantes y elocuentes. Los tiempos que les sucedieron no contaron con talentos tan deslumbrantes.

Estos iluministas, principalmente franceses, imitados burdamente en algunos otros países, tenían, por su especial erudición, una filosofía de la historia que les hacía ver el pasado con unos ojos que no son los de hoy. Su erudición les había enseñado que el catolicismo se había corrompido, que perseguía la ciencia y la verdad, que enaltecía las tinieblas, que había destruido la cultura y la civilización de la antigüedad, que los pueblos orientales y americanos poseían conocimientos muy superiores, anulados por los fanáticos católicos. La Edad Media, período de mil años en que el cristianismo había alcanzado su máximo dominio, era un largo sueño de tinieblas y de ignorancia, de atraso y de salvajismo. España, país ultracatólico, era el que recibía más ataques y más calumnias. España había hundido las civilizaciones americanas, había deshecho sus monumentos, sus códices, borrado del mundo su maravillosa cultura. Roma, la Iglesia Católica, eran los culpables de esta ignorancia y de estas destrucciones. Ahí estaba la Inquisición para demostrarlo. Ahí estaba el Index que prohibía la lectura de miles de autores. Estas eran las convicciones, esta era la filosofía, del iluminismo, del despotismo ilustrado, del siglo de las luces.

La revolución francesa no fue un resultado del iluminismo. Fue un movimiento político, nacido del ejemplo norteamericano, que quería volver a los Estados generales, a un Parlamento y a una Constitución. Lo logró y luego vino el terror. La revolución se guillotínó a sí misma. Fue la vergüenza, el horror, de Europa. Hoy es fácil hablar de excesos de la monarquía y de los nobles, del clero, de los ricos y de otras causas. Lo difícil es defender esa revolución que cada día se nos aparece más indefendible. Lo real es que Napoleón, surgido de ese caos, dio origen a una nueva era. Su dominio en Europa, ingrato a todos los pueblos, despertó sus nacionalismos. Los nacionalismos de cada rincón del Viejo Mundo buscaron en el pasado, en la historia, en los archivos, las fuentes de sus nacionalidades. Se empezó a amar la tradición, lo que luego se llamó folklore, los cantos, las músicas, los cuentos, los recuerdos, las costumbres, los trajes de otros tiempos. Este estudio llevó a las raíces medievales. Y así, de pronto, se descubrió que la Edad Media no había sido una sucesión de siglos de terror y de ignorancia, sino de luz y de sabiduría. El cristianismo no había hundido el paganismo. Había cambiado el modo de pensar de las gentes. Les había enseñado la piedad, el horror al circo de los leones que devoraban a los cristianos, la fe en otra vida, en un Dios y en un alma, la libertad de los hombres para hacer obras buenas o malas, salvarse o perderse en el otro mundo. El arte había dibujado las almas y no los cuerpos. Al estilo griego y romano había sucedido el románico, el gótico, el renacimiento. En la Edad Media se habían formado las grandes naciones, habían nacido las lenguas neolatinas, los más hermosos poemas, una teología sorprendente, una nueva filosofía, y, al final, la más rica de las literaturas. Navegantes desconocidos habían explorado todas las tierras y todos los mares. Mapas de bellos colores dibujaban continentes lejanos y el que, un día, alcanzaría Colón. Todo lo que se había aprendido en el iluminismo, en esos escritores deslumbrantes por su sabiduría y su cuidado estilo, había sido falso, erróneo, calumnioso. Lo que había surgido de Roma, en cambio, lo que se había escrito, no en latín, sino en las lenguas romances, lo romántico, era lo cierto. Nace, así, lo que se ha llamado romanticismo.

El romanticismo es una concepción opuesta al iluminismo. El romanticismo empieza por desterrar el estilo ciceroniano, clásico, de los largos períodos y de las

frases campanudas. La prosa es sencilla y fluida, luminosa y ágil. No acude a imágenes del clasicismo, no invoca a Júpiter ni a Venus. Es natural, preciso, y, sobre todo, es patriota. El escritor romántico es nacionalista. Lucha por la libertad de su patria, por el espíritu de su pueblo y de su nación. La nación, como diría, más tarde, Renán, es un conjunto de hombres que tienen un mismo pasado y unos mismos ideales. El romanticismo es revolucionario, enemigo de Napoleón, amigo de la Libertad.

No todos los escritores, especialmente hispanoamericanos, supieron distinguir estas dos corrientes historiográficas, de opuesta información erudita y contrarias conclusiones filosóficas. Unos eran iluministas en sus ideas históricas, enemigos de España, calumniadores inconscientes de su historia, y, al mismo tiempo, románticos en su estilo literario. Otros tenían un estilo clásico y una mentalidad romántica. El iluminismo no se ha esfumado del todo. Vive en la actualidad en muchas mentes que no han tenido otra educación. En la América hispana fue aprovechado para combatir a España en su historia lejana. El absolutismo de los fieles a Fernando VII, de los partidarios de la Inquisición, justificaba de sobra los ataques que le dirigían los liberales.

No obstante, en las grandes figuras de la independencia hispanoamericana, desde Bolívar y San Martín a otros próceres menores, no se advierte una influencia excesiva del iluminismo, de ese modo de pensar del siglo XVIII. Hay, en cambio, fuertes brisas del poético romanticismo que ensalzaba la Libertad, el heroísmo, la muerte por la patria. Oficialmente, el romanticismo nace en el año 1830, en el estreno de *Hernani*, de Víctor Hugo, que hizo enfrentar a los románticos con los neoclásicos. La verdad es que existía desde mucho tiempo antes, principalmente desde los comienzos de la era napoleónica, en los primeros años del siglo XIX, en el que el gran corso se declaró emperador. Bolívar, indudablemente, fue un romántico. Todas sus ideas son románticas. Además, demostró, en sus críticas a Olmedo, ser un conocedor profundo de la literatura poética y del valor de la poesía, como arte y como sentimiento. Esteta literario, crítico notable para su época y cualquier tiempo, sintió el romanticismo en su espíritu, en su vida de guerrero, de amante y de soñador, con una fuerza que no se halla en otros personajes de su siglo. Era romántico por sus ideas patrióticas, humanitaristas y liberales. Todos los caracteres del romanticismo vibran en su acción y en su alma. En sus escritos no aparecen los rasgos comunes del clasicismo o neoclasicismo. Inútil es buscar en sus escritos reminiscencias de las letras de Grecia y de Roma, de su mitología o de sus formas literarias. Era un conocedor de los antiguos, pero no un imitador. Su pensamiento era moderno, propio de su tiempo y aun adelantado a su siglo. Fue precursor en muchas ideas. Y no se encastilló en prejuicios ni en localismos. Figura universal dentro de la cultura de Occidente y de la nueva Hispanoamérica. Por ello, en nuestro continente, fue el representante máximo del siglo en que vivió.

Un hecho común a los Libertadores, tanto Miranda como Bolívar y San Martín, es que sus proyectos políticos estuvieron destinados a la América hispana, al Sud del Istmo de Panamá. Sólo en un proyecto de liberación que se encuentra en el Museo Mitre y ha sido publicado por el Instituto Nacional Sanmartiniano, en sus documentos referentes a San Martín, se descubre la visión de toda América hasta la Central como campo de lucha y de independencia. Los Libertadores no

concibieron, en sus comienzos, patrias reducidas o aisladas. Sus miras fueron continentales. San Martín y Bolívar no estuvieron en comunicación antes de planear su entrevista en Guayaquil y, no obstante, concibieron un mismo ideal. Por ello coincidieron tan perfectamente en sus propósitos cuando se hallaron frente a frente y decidieron en Guayaquil la unidad independiente de toda América. La acción de ambos había tenido por miras el continente. Fueron integracionistas, centralistas y continentales. San Martín era hombre de ideas monárquicas. Bolívar amaba la república, pero admiraba las monarquías y los imperios. Ambos sabían que los Estados con dinastías férreas habían durado siglos y alcanzado culturas superiores. Las repúblicas habían sido pasajeras y débiles. San Martín y Bolívar no lograron lo que soñaron. Combatieron por ideales insuperables y fueron frenados por innúmeras oposiciones.

Bolívar tuvo dos grandes amigos y colaboradores: Santander y Páez. Estos hombres, inspirados como él por el amor a la libertad, fueron, por extraña contradicción, causas del fracaso de la Grande América. Ambos, Santander y Páez, se enemistaron. Políticas que eran intereses opuestos. En Nueva Granada no faltaron quienes querían aprovecharse de un suculento empréstito. En Venezuela había otras ambiciones de mando. En todas partes los caudillos dominaban en su ciudad o en su nación disminuida y tiranizada. Bolívar quiso superar esos obstáculos. Imposible vencer a los malos cuando son muchos y están unidos en un mismo empeño. Los historiadores de América no son todos bolívaristas. En la Argentina hubo contrarios a Bolívar por su pésima información sobre la entrevista de Guayaquil. En el Perú no se olvida la resistencia contra los colombianos y venezolanos. En Colombia se ensalza a Santander y se reflexiona que la Constitución vitalicia no agradó a los principales dirigentes de la nación. En el Ecuador se admira a Bolívar y se justifica el desprendimiento de la nueva república. Otros historiadores ven a Bolívar como un dictador, cuando no un tirano, un ambicioso o un soñador. Alguien ha dicho que quiso imitar a Napoleón: error insuperable. Otro lo presenta con rasgos neuróticos. La historia desapasionada lo juzga como un extraordinario estratega, un militar ejemplar y un político de ideas sorprendentes. Sus ideas coincidieron con las de San Martín, muy diferentes a Bolívar y muy semejante a sus ideales americanistas. Ambos detestaron el federalismo porque era la culpa de todos los males que sufría América y de su desunión.

El federalismo fue la locura de América. Bolívar comprendió este estado de ánimo colectivo, delirante y frenético. Así lo clasificó y así fue, en verdad, el mundo político hispanoamericano. Por algo las revoluciones, que nadie se explicaba. Por algo las dictaduras, que se atribuían a ambiciones de mando personales. Hasta un filósofo como Hegel, cuando habló de América, la miró con desprecio y dijo que era un continente de continuas sublevaciones y guerras civiles. Las guerras civiles se produjeron por los choques que originaban los federalismos. Frente a ellos estaban los centralistas, los unitarios, los partidarios de patrias grandes y no diminutas. En la Argentina, en una triste época política, no faltaron escritores que utilizaron la historia para elogiar a un presidente y el federalismo. Con esta prédica creían enaltecer a las provincias y a sus caudillos, enemigos de Buenos Aires. El federalismo argentino fue un microfederalismo de provincias muertas de hambre frente a una provincia, la de Buenos Aires, que tenía una de las

aduanas más ricas de América. Por ella pasaba el comercio de catorce provincias, de Chile, del Perú y de Bolivia. De sus entradas nada llegaba a las provincias. Era lógico fueran enemigas de Buenos Aires. Si hubiere triunfado el partido unitario y se hubiera instalado un Congreso, o sea, el mando de todas las provincias por medio de sus representantes, los males propios del federalismo no habrían existido y el gobierno central habría hecho muy pronto una Argentina superior a lo que es en la actualidad. Este fue el microfederalismo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el resto de América hubo un macrofederalismo. No se dividían provincias, sino Estados, naciones enormes. Unidas, como quería Bolívar, habrían constituido la nación más grande y poderosa del mundo. Divididas fueron lo que son: naciones respetables, pero inmensamente menores de lo que hubieran podido ser.

Se ha dicho, últimamente, que Bolívar tomó el modelo de su Constitución llamada vitalicia del sistema de gobierno que conoció en Haití. En este país sigue hasta hoy el sistema de las presidencias vitalicias. No vamos a juzgar este sistema. Lo que decimos es que Bolívar no imitó el gobierno negro de Petión. Buscó una forma de gobierno que hiciese difíciles, por no decir imposibles, las revoluciones, las luchas por alcanzar altos cargos, las ambiciones y, como consecuencia, las traiciones, las venganzas, los odios, las luchas políticas. Lo que no había existido en tiempos de la monarquía, salvo alguna rebelión contra algún gobernador o impuesto exagerado, se desató de un modo repentino no bien el poder salió del gobierno peninsular para caer en manos de los independientes. En toda América —lo sabe muy bien cualquier historiador continental— las guerras civiles nacieron de improviso. Provincias y caudillos se enfrentaron por motivos que ellos mismos no sabían explicar y que menos conocen los investigadores de hoy. Terminada en un lugar la guerra contra las fuerzas españolas empezaba en seguida otra guerra entre ese lugar y un lugar vecino. La libertad había enseñado a los hombres de América que podían elevarse a los más altos cargos si tenían el voto de sus compatriotas. Así empezó la política, el arte de hacerse entregar el poder por el pueblo. Se leyó a Santo Tomás y a Juan Jacobo Rousseau. Suárez estuvo ausente, pues enseñaba que el pueblo entrega el poder una vez al gobernante y no se lo puede retirar nunca más, salvo por mano de un tiranicida. Tomistas y rousseauianos se olvidaron de sus maestros y sólo supieron que el poder lo da el pueblo o se lo toma el pueblo. Si no había votos había fusiles y espadas, cuando no puñales. Más se pensaba en el mando de algún lugar que en la grandeza de todos los lugares. La historia se dividió en muchas pequeñas historias. La voluntad del pueblo se convirtió en algo sagrado. Era lo que se debía obedecer, lo que había que invocar para legalizar o legitimar cualquier movimiento en busca del poder. El pueblo no siempre sabía lo que quería o lo que pensaba. No analicemos el pueblo de aquel entonces, en toda América, ni muchos pueblos de hoy en día. El pueblo a veces repite lo que le enseñan los políticos. No sabemos cuando grita ideas propias. Toda democracia tiene siempre, encima suyo, una oligarquía, o sea, el gobierno de unos pocos, que lo dirige. El ideal había sido algo supremo que se quiso conquistar y se conquistó. En alas de la libertad se hicieron muchas cosas buenas y malas. Hoy nadie lucha por la libertad porque, salvo en países comunistas, no hay uno donde no se disfrute de amplia libertad. Hasta hay libertad para combatir la libertad. En los países totalitarios no se puede combatir, en cambio, la falta de libertad. En

América no se habló tanto de libertad, sino de formas políticas. Las principales eran la federal y la central, dentro del régimen republicano.

Bolívar fue un ardiente republicano centralista. Luchó siempre por gobiernos centrales y fuertes. Defendía la separación de poderes. Era enemigo de un gobierno monócrata o autocrático. Proyectó dos Constituciones. Sus principales fuentes ideológicas fueron Locke y Montesquieu. A los tres poderes montesquianos agregó en Angostura el poder moral, y en la Constitución para Bolivia, el poder electoral. Propuso dos cámaras, y en el proyecto boliviano agregó una tercera cámara, la de Censores. Fue en la Constitución boliviana que concibió un presidente vitalicio. La justicia era independiente. En Angostura propuso un senado hereditario. Quería evitar las luchas por la presidencia y demás cargos políticos. Y por ello se echó encima a los políticos. No era militarista a pesar de ser tan extraordinario militar. Ningún cuerpo armado, a su juicio, podía deliberar. Sólo debía obedecer.

Bolívar fue estudiado como legislador. Pensaba constantemente en los pueblos de América. Por ello luchaba y por ellos soñaba. Había que hacer de América la patria de todos los americanos, un país perfecto. Quería premiar a sus soldados y crear condiciones económicas excelentes para todos los americanos. Protegía la propiedad. No hacía demagogia. Hacía justicia.

El 2 de enero de 1814, Bolívar pensó en la conveniencia de reunir en una sola nación Venezuela y la Nueva Granada. Al mismo tiempo se preguntó porqué toda la América meridional no se uniría bajo un gobierno único y central. Esa unión era necesaria para resistir las agresiones que pudiera intentar la ambición europea. La guerra de dos mundos había comenzado. Al coloso europeo había que oponer otro coloso formado por “la reunión de toda la América meridional bajo un mismo cuerpo de nación”. Un solo gobierno central podía aplicar sus grandes recursos un solo fin que “es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores”. Interiormente se multiplicaría la mutua cooperación. Así América llegaría “a la cumbre del poder y la prosperidad”.

Este era el gran ideal de Bolívar: toda América unida en una Santa Alianza que hiciese frente a la Santa Alianza europea. Europa llevaba la esclavitud a los países que conquistaba. América luchaba por la libertad de todos los hombres. Eran dos fines muy diferentes, opuestos, que empezaban a debatir el destino del mundo. América aparece, con Bolívar y San Martín, como la campeona de los derechos naturales del hombre, de la libertad suprema de todos los seres. Por este ideal, que Europa no comprendió y combatió, los libertadores dieron la libertad a un continente. Para llevar a cabo ese propósito grandioso, como no tuvo otra nación en la historia de la humanidad, era preciso que América fuese una, con un solo gobierno y un solo pensamiento. Si lo había tenido en tiempos de la monarquía española, durante trescientos años, bien podía tenerlo en esos momentos en que América estaba en manos de los americanos. América tenía un mismo origen, una misma lengua, unas mismas costumbres y una misma religión. Era lógico que tuviese “un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse”. Los nuevos gobiernos republicanos debían fundarse entre los límites de los antiguos virreinos, capitanías generales o presidencias. Era el

*uti possidetis juris* que surgía como fundamento del derecho hispanoamericano. Los nuevos Estados serían los viejos virreinos, las viejas gobernaciones, las viejas intendencias, todos unidos en una inmensa federación con un gobierno central y único que rigiese el Nuevo Mundo.

Bolívar llevó a cabo esta unión americana cuando se encontró con San Martín en Guayaquil. La entrevista tuvo por fin unir Colombia y Perú. Además debían adherirse Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata. Un tratado previo, firmado antes de la entrevista, aseguró la unión del Perú y de Colombia con las firmas de Mosquera y Monteagudo. La unión estaba hecha. Sólo faltaba que los Congresos de ambos países ratificaran el acuerdo, la unidad de una gran parte de América. A ella le seguirían Chile y otros países. La Argentina no firmó ese tratado, sino otros de simple amistad. Los constructores de esta inmensa nación fueron, por tanto, Bolívar y San Martín. Y el nacimiento fue en la entrevista de Guayaquil. Momento grandioso, supremo, en la historia de América. Historiadores mal informados, pasiones infundadas, tergiversaron este hecho asombroso y magnífico y lo sumieron en sombras y leyendas durante más de un siglo y medio. Nosotros lo esclarecimos para siempre.

En Europa todo se hacía por la tiranía; en América, por la libertad. Así lo decía Bolívar a Santander. A una Santa Alianza europea había que oponer una Santa Alianza americana. Este fue el ideal del Congreso de Panamá.

Un historiador eminentísimo, el doctor Salcedo Bastardo, en una obra que ha merecido, con la mayor justicia, el primer premio en un concurso internacional de la Organización de los Estados Americanos, ha mostrado cómo Bolívar consideró y llamó hermanos a todos los países de América. Salcedo Bastardo, en páginas de rica erudición, ha demostrado que el pensamiento bolivariano veía como hermanas a todas las naciones de América. A todas correspondía la libertad y si alguna carecía de ella, como el Paraguay, se proponía, no conquistarla, sino hacerla disfrutar de la libertad eliminando los obstáculos que la combatían.

Bolívar fue un precursor de Alberdi, de Sarmiento, de Urquiza, de Mitre y otros argentinos que defendieron la inmigración en América de pueblos europeos, sanos y trabajadores. Invitó a los extranjeros de cualquier nación y profesión a establecerse en América bajo la protección del gobierno, con la garantía de la seguridad individual y el sagrado derecho de propiedad. Sus primeras ideas de inmigración de extranjeros datan de 1813. En este año ordenó que los extranjeros que se hallaban en el ejército fuesen declarados ciudadanos venezolanos. No tuvo nunca prejuicios raciales ni religiosos. Todos los hombres eran iguales y libres. Había que mezclar las sangres para unirlos. Años más tarde, en la Argentina, otros grandes pensadores sostuvieron las mismas ideas. América para la humanidad.

Bolívar era hijo de la guerra, un gran militar y, al mismo tiempo, un político que soñaba con una federación universal de naciones. Se anticipó a los proyectos de las modernas sociedades de las naciones, naciones unidas y otras especies de confederaciones internacionales que nunca han mostrado una transcendencia apreciable y permanente. Los Estados debían tener gobiernos centrales para asegurar su orden interior, y federarse internacionalmente para aumentar la fuerza del continente. América era, para Bolívar, un continente que hacía sentir su poder, en

particular contra la esclavitud, en Africa y en Asia. También en esto acertó en forma maravillosa. Nadie ignora que, hoy en día, América hace inclinar la balanza del mundo en el sentido que ella quiere. En su discurso de Angostura insistió: "Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa". Lo repitió hasta el último instante de su vida.

Fue el hombre que más luchó en América por la libertad e igualdad de los negros y de los indios. Odió la esclavitud y la combatió con toda su energía. Al mismo tiempo luchó por la difusión de la instrucción. "Un pueblo ignorante —decía— es un instrumento ciego de su propia destrucción". Libertad de los esclavos, igualdad de todos los hombres, educación e instrucción también para todos los seres humanos. La ley de las leyes era la igualdad. La Constitución para Bolivia hacía libres a todos los esclavos. A sus antiguos dueños, el Estado les daría una indemnización.

Las ideas religiosas de Bolívar no han sido tan discutidas como las de San Martín. En la Argentina se ha querido destruir la condición masónica de San Martín con una teoría nueva, desconocida en otras partes del mundo, que presenta a la masonería de San Martín, Belgrano y otros próceres, como una sociedad que usaba los mismos ritos, las mismas ceremonias y los mismos signos de la masonería y no era masonería. Es exacto que hubo masonería y, al mismo tiempo, otras muchas sociedades políticas, con otros nombres, que no eran masónicas y hasta estaban en lucha con ella. Pero en el caso de la masonería de San Martín, Belgrano y otros, las discusiones deben suspenderse frente al testimonio de hombres que pertenecían a esa masonería y decían bien claro que eran masones y su sociedad era la masonería: exactamente con estas palabras. Bolívar fue masón en su juventud, como han reconocido sus biógrafos más destacados, pero sabido es que se alejó de ella y llegó a combatirla en no pocos momentos. San Martín nunca dejó de ser masón y mantuvo sobre esta condición un silencio propio de masones perfectos. Sabido es que recomendó al general Miller no tocar el tema de las sociedades secretas, o sea, de la masonería. En cuanto a la fe cristiana o católica de Bolívar y San Martín sus escritos los revelan como indudables católicos, pero un tanto fríos o indiferentes, cuando no volterianos, es decir, irónicos, ante ciertas tradiciones piadosas que no eran dogmas. San Martín hablaba en broma de la Virgen del Carmen en su correspondencia con el otro gran masón Tomás Guido y no han faltado historiadores que, confundiendo la ironía con la fe, le atribuyeron una devoción especial por esa Virgen. Bolívar, amante lector de Voltaire y de los enciclopedistas, era igualmente un católico superficial. Condenó al clero fanático que enseñaba al pueblo que el terremoto de Caracas era un castigo del Cielo por la oposición a los españoles; pero se hizo amigo de otro clero que, años más tarde, apoyó sus ideas políticas. Hubo, así, un entendimiento entre el clero y Bolívar que los convirtió en aliados. Sabido es que se le vio, alguna vez, durante la misa, leer con gran interés, *El Correo del Orinoco*. En cuanto a San Martín, decía en broma que si lo hicieran obispo arreglaría muchas cosas y que bastaba dar una buena suma al Vaticano para lograr un concordato...

El gran afán que Bolívar mostró toda su vida para difundir y elevar la educación la encontramos en otros próceres americanos: en Belgrano, en San Martín y otros. Era una reacción contra las limitaciones que a las lecturas había im-

puesto la Inquisición. Los enciclopedistas, empezando por Rousseau, Voltaire y otros, tan prohibidos y condenados por la Inquisición, fueron los más leídos precisamente por esas condenas. Sabemos que Moreno, en 1810, tradujo casi todo el *Contrato social* de Rousseau, exceptuando las partes en que atacaba la religión, y que Belgrano donó una fuerte suma que le fue asignada como recompensa para que, con ella, se fundasen escuelas. San Martín igualmente se preocupó por la educación. En toda América ocurría lo mismo. Era la reacción, repetimos, contra la obscuridad que la Iglesia se había empeñado en imponer. Notorio es que la inquisición dejó de existir con los primeros pasos de la guerra civil de liberales contra absolutistas.

La cultura de América en los años de la independencia era la de Europa en ese mismo tiempo. Las catálogos de las bibliotecas del período monárquico, también llamado colonial, muestran largas listas de títulos de obras impresas en Europa y que trataban los temas más diversos. El estudio de las tesis de los alumnos que, en las Universidades, aspiraban a un título de doctor, en jurisprudencia, en teología o en ambos derechos, desvirtúa la vieja creencia de que el estudio de las ciencias físicas y naturales estaba excluido de los claustros universitarios. En este aspecto no había diferencia de lo que se estudiaba en Europa. Algunos memorialistas o escritores políticos americanos de aquel entonces dejaron dicho que sólo se discutía de teología y hasta ridiculizaron esta pasión que consideraban de ignorantes o atrasados. Cuando se penetra en los programas de estudio o se leen las tesis presentadas se descubre que muy pocos estudiantes de nuestras Universidades serían capaces, hoy en día, de presentar obras semejantes. En algunas materias, como las humanísticas, podríamos decir que eran más profundos y eruditos los doctorandos de aquel entonces que los de la actualidad. Por otra parte, basta consultar los escritos de aquellos hombres de comienzos del siglo XIX y fines del XVIII para descubrir largas listas de autores que hoy nadie lee y apenas se conocen de nombre. Es indudable que los estudiantes de hoy manejan obras que en aquellos tiempos no existían. Hay que colocarse en cada época para apreciar debidamente cada instante. Los hombres de la América que luchaban por su independencia tenían una cultura comparable a la de quienes se declaraban sus contrarios. Tal vez fuese mayor en los que se llamaban liberales por su afición a leer obras que los índices de Roma veían con horror. Este solo hecho nos permitiría sostener que los liberales que no temían la Inquisición eran más cultos que los ultramontanos; pero no vayamos tan allá. Todos lo eran y quienes carecían de cultura o eran analfabetos eran ignorantes lo mismo de este lado del océano que del otro lado. Lo indudable es que las luces del siglo XVIII, con todas sus concepciones equivocadas —y no eran pocas— iluminaban por igual la Europa vacilante en su fe que la que alardeaba, como España, de su ciego amor a los dogmas.

El doctor Salcedo Bastardo ha hecho notar muy bien una característica de la historia social y política de nuestra América. Cuando vino la independencia los hombres del continente se separaron en dos extremos: uno era el de la federación que subdividía los pueblos a lo infinito; el otro era el de las dictaduras de caudillos o presidentes que dejaban de ser vitalicios cuando la muerte o una revolución los arrancaba del poder. Es un doble fenómeno que no falta en ningún rincón de nuestra América. Entre estas dos tendencias había otros hombres, un tercer grupo,

también diseminado en el Norte y en el Sud, que se llamaba de los centralistas o unitarios, partidarios de una Constitución. Los constitucionalistas de América todavía no han sido estudiados en un análisis comparativo. Había constitucionalistas y constitucionalistas: unos, como Bolívar, querían armonizar un gobierno democrático en una estabilidad fija, permanente, de un presidente vitalicio y un senado hereditario. Otros establecían límites de tiempo a la duración de los gobernantes. Los enemigos de la patria americana eran los que no ansiaban ninguna Constitución. Así eran los federales llamados "apostólicos", de la Argentina, o los dictadores, a lo Rosas, que preferían un país dividido, sólo sostenido por pactos interprovinciales o de gobernadores. De este modo, la ciudad y el puerto de Buenos Aires podían apropiarse las rentas de la aduana, la más rica de América.

La separación de España, el hundimiento de la férrea maquinaria administrativa española, que mantenía un mundo en perfecto funcionamiento político, económico, social y espiritual, sin crisis, sin revoluciones, sin herejías, sin descontentos populares, nos lanzó a todo lo que antes había sido reprimido o evitado: levantamientos, protestas, guerras civiles, ensayos de constituciones y de sistemas de gobierno, pobreza, atraso, ignorancia, tiranías, presos políticos, confiscaciones, odios y rencores que claman venganza.

Esta fue la llamada contrarrevolución. Es una continuación del estallido político que significó la independencia. La ruptura con España fue la guerra civil, primero, e internacional no bien se proclamaron las independencias de las nuevas patrias americanas. Ese caos, en que se mezclaba la lucha contra el español y los políticos que se disputaban el poder, fue nuestra historia: una historia que parece larga y es breve, que dura poco más de un siglo, es decir, tres generaciones, y alcanza a nuestros abuelos y padres y a nosotros mismos. No estamos lejos de los hombres que hicieron la independencia. Los vemos, en los documentos de aquellos tiempos, con inquietudes y sueños que no difieren mucho de los nuestros. En algunos instantes parecen los mismos. En aquel entonces, en medio de tantas luchas e inquietudes existía el temor a la Santa Alianza europea. Los viejos reyes querían que en América también se instalasen monarquías. Era la única manera de volver al orden, a los siglos de España, aunque no viviera el gobierno español. El miedo al republicanismo y a sus consecuencias era grande. América, para Europa, era el mayor peligro que podía haber en el mundo. Antes de la renuncia de Carlos IV, que dejó el continente más rico de la tierra en un caos político, donde peleaban los partidarios del Consejo de Regencia de Cádiz y los sostenedores del sistema de las Juntas populares españolas, no se concebía, ni en sueños, lo que vino después: nuevas naciones republicanas que eran un ejemplo terrible para los políticos europeos que pretendían reproducir en sus patrias el constitucionalismo norteamericano. Era el comienzo del fin para los reyes absolutos, para los derechos divinos, para las dinastías que contaban con siglos en sus pedestales. Un cambio como jamás se había soñado. Peor que la república de Platón, con todos sus desvaríos. Era una nueva Utopía, una Ciudad del Sol, un gobierno que algunos llamaban de locos y que estaba al otro lado del mar, en naciones inmensas, muy superiores a las de Europa. Había comenzado un duelo, el de dos mundos, el europeo y el americano. Y los dos se temían grandemente. Bolívar, lo dijo muchas veces, temía los ataques de la Santa Alianza y estaba dispuesto a hacerles frente y derrotarlos. Los viejos reyes sabían que ese ejemplo democrático y republicano prendería en sus pueblos

y cambiaría las ideas de sus súbditos. Temían, por tanto, a la América insurrecta. Si no hubiese existido el mar, la historia del mundo se habría precipitado en abismos inimaginables. Napoleón surgió como un rayo y pasó, también, con la velocidad del rayo. Su trayectoria será estudiada por siglos. América apareció de pronto, con Bolívar y San Martín y las legiones de políticos que se adueñaron de todos los destinos. Desde entonces, los tronos de Europa han ido cayendo y en sus lugares se impusieron sistemas que son la negación de la libertad y de la justicia, que encadenan el pensamiento, que prohíben el ahorro, la propiedad, la herencia, el trabajo de acuerdo con la voluntad de cada cual, que llevan al poder, no a los más capaces, sino a los que más prometen, engañan y mienten.

Este es el drama de nuestro tiempo. Drama en que los terroristas, los secuestrados, los asesinatos, las violencias más inauditas, como las locuras de los viejos nihilistas, pretenden arrasar la Tierra para construir sobre las ruinas un mundo mejor, un mundo de hijos de muertos que nadie sabe cómo será. Bolívar es el escritor y político que mejor describió el caos americano que siguió a la independencia. América es un tumulto, nos dijo. Es un cuadro de desorden sangriento. Todo era espanto y locura. Vino la ruina económica, la desorientación política, el futuro incierto. Hoy vemos a Bolívar, con su Constitución y sus ideas, con su comprensión perfecta del estado social que vivía América, como el político que mejor interpretó aquel tiempo, no sólo en los países donde actuaba, sino en los restantes de América, como la Argentina y Chile. Su información era excelente. Leía los diarios de toda América, tenía amigos y corresponsales que le daban noticias ciertas. Los políticos no pensaban en la patria; pensaban en si mismos. En vez de crear riqueza, mendigaban empréstitos. En vez de aumentar impuestos para hospitales, escuelas, caminos, los aumentaban para pagar intereses. Economía que no ha variado mucho en el término de siglo y medio.

Un mal que ensombreció los ideales de Bolívar fue la existencia, en nuestra América, de tantos grupos históricos. Somos un continente mucho más grande que Europa. Y si Europa, desde hace más de dos mil años, está dividida en tantas nacionalidades, en tantos odios recíprocos, guerras y amenazas continuas, América tiene, desde los tiempos prehispánicos, grupos étnicos profundamente diversos y nacionalismos que se detestan. Estos nacionalismos, con sus raíces autóctonas, existían desde antes de la independencia. La separación de España los exasperó. No se han investigado las causas de estas oposiciones. Fácil es dar respuestas inmediatas. Difícil es explicar los hechos en sus raíces profundas y en sus explosiones inesperadas. Lo real es que existieron y existen. Bolívar trató de combatirlos. Imposible vencerlos. Terminar con el dominio español fue infinitamente más factible que impedir los choques nacionalistas. Los años los han aumentado. Cortesías internacionales los disimulan. La verdad es que unos pueblos odian a otros pueblos. Todos tienen buenas razones para justificar antipatías. Resentimientos históricos, cuestiones de límites, rivalidades o competencias económicas, diferencias de razas, envidias recíprocas por bellezas o progresos que un país tiene y otro no tiene. Etcétera. Lo indudable es que las asperezas que crean, en la política viviente de nuestra América, los nacionalismos o, mejor dicho, las fricciones que surgen de estos nacionalismos, hacen un daño inmenso a la unidad que tanto persiguieron Bolívar y San Martín, por sólo citar a los grandes campeones de la unidad americana.

Lo que hemos ganado, con nuestros nacionalismos, es sembrar divisiones, aislamientos y odios. La Argentina, tal vez, sea el país de menos resentimientos en América. Tiene el orgullo de su historia, de su grandeza y de sus avances económicos y culturales; pero no tiene odio a los vecinos ni a ningún pueblo de la tierra. Por nacionalismo entiende el amor a la nación, a sus leyes y a su libertad. Este nacionalismo es un internacionalismo concentrado en una colectividad. En ella es imposible hallar una persona que no tenga antepasados de dos o más nacionalidades, europeas o americanas. Los descendientes de indígenas hace siglos que están mezclados con otras muchísimas razas. Esto es ser argentino. La argentinidad no tiene rencores, no tiene envidias, no tiene antipatías, ni desdén hacia otras patrias porque en ellas están sus antepasados, sus escudos, sus genealogías. Los hombres del mundo han hecho la Argentina a su imagen y semejanza y por ello todos son nuestros padres o nuestros abuelos. Mucho de esto sucede también en otros países americanos; pero nadie ignora que todos tienen algún resquemor contra el vecino por algo que uno considere justo y el otro injusto. Es lo que, en tiempos de Bolívar, dividió América, lo que trajo su disolución como patria inmensa de todos los americanos. Los caudillos de entonces, los que quisieron, y lo lograron, ser presidentes de trozos de la patria común, nunca lo comprendieron. Y si lo comprendieron prefirieron el triunfo de sus ambiciones al triunfo de la patria continental. Aún hoy, historiadores de Colombia, por ejemplo, justifican la oposición que en su país se hizo a Bolívar por la Constitución llamada vitalicia. Esta Constitución, que enterraba por un tiempo las ambiciones presidenciales de unos pocos hombres, habría hecho la unidad de una América más poderosa que cualquier otra nación de la Tierra. ¿Qué era y qué sería preferible, entonces y ahora: pequeñas patrias para que unos personajes llegaran a presidentes o una patria grande como el continente y poderosa como ninguna en la superficie del planeta? La miopía o el error de los políticos disolventes, enemigos de sus vecinos, que excluían a Haití, por ejemplo, porque era un país de negros y olvidaban la protección salvadora que había dado a Bolívar, llegaba a límites que no podía concebir ninguna persona sensata. Había que crear patrias pequeñas para dominarlas mejor. No había que pensar en una patria inmensa gobernada por un Congreso con representantes de todas las regiones de América. El ejemplo de la Argentina, que aún defienden algunos rosistas absurdos, es clarísimo. Un Congreso, una Constitución, una presidencia, una capital, habrían puesto a una misma altura a las catorce provincias y, entre ellas, a la de Buenos Aires. Los caudillos habrían perdido sus poderes absolutos en sus provincias y la de Buenos Aires habría tenido que repartir las rentas de su aduana entre las catorce provincias. No es extraño que todas gritaran “Viva la Santa Federación” y “Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos y locos unitarios” que querían unir el país, hacer de él una sola y fuerte nación. Los integracionistas de América eran combatidos. Bolívar lo fue por todos los federalistas del continente. Los unitarios de la Argentina lo fueron por sus compatriotas provincianos que preferían sus ventajas personales a una patria magnífica. Lo extraño es que todavía hoy, en nuestra tierra y en otros países del continente, no se comprenden estos hechos o se trate aún de defender a los disolventes de otros tiempos y se polemice con quienes dicen estas verdades.

No debe sorprender que Estados Unidos, Gran Bretaña y otras naciones europeas hayan puesto en juego sus influencias para dividir a los países hispano-americanos y no para unirlos. A nadie, en el mundo, convenía una América poderosa, más aún que los Estados Unidos. Era una América que, unida, hacía temblar los viejos reinos. El Congreso de Panamá, creado por Bolívar para enfrentar la Santa Alianza europea, fue debilitado por quienes más hubieran debido reforzarlo. Se le tuvo miedo y se le anuló. Desde entonces, todos los Congresos panamericanos, minados y traicionados por influencias nefastas, han tenido el mismo fin.